
Capítulo 1

Nociones de género y percepción del consumo de material sexualmente explícito en jóvenes de Guadalajara

Carlos Eduardo Martínez Munguía y Azminda Dilian Dávalos Aguilar

La forma en que los jóvenes mexicanos articulan su sexualidad ha presentado históricamente diversas dificultades, reflejadas en indicadores como las altas tasas de embarazo adolescente, las infecciones de transmisión sexual y los casos de abuso sexual. En los primeros siete meses del 2024, por ejemplo, se registraron 9152 nacimientos en madres menores de 20 años residentes de Jalisco; de estos, 261 correspondieron a niñas de entre 10 y 14 años, y 8891 a mujeres de 15 a 19 años (Instituto de Información Estadística y Geográfica de Jalisco, 2024). En cuanto a las infecciones de transmisión sexual (ITS), los datos del Gobierno de Jalisco (2022) indican que la gonorrea, el virus del papiloma humano, la sífilis, el herpes simple y la clamidía son las más frecuentes. Solo en 2023, se reportaron 993 nuevos casos de VIH/SIDA en el estado, de los cuales 103 correspondieron a mujeres y 890 a hombres (Hospital Civil de Guadalajara, 2023). Además, la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) 2021 reveló que el 53.7% de las mujeres en Jalisco han experimentado algún tipo de violencia sexual a lo largo de su vida (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2022). Asimismo, según la Encuesta

Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública, en el año 2023, el 11.9% de los delitos denunciados en la entidad estuvieron relacionados con la violencia sexual (INEGI, 2024).

Esta situación puede atribuirse a diversos factores, entre los que destacan la ausencia de una educación sexual integral y la persistencia de valores culturales vinculados con la ideología judeocristiana, impregnada de una carga patriarcal que favorece juicios desiguales sobre el ejercicio de la sexualidad en hombres y mujeres. Las carencias en materia de educación sexual se manifiestan tanto en los espacios informales —como el ámbito familiar o las redes de amistad— como en los entornos institucionales, especialmente el sistema educativo y los servicios de salud. En el caso del sistema educativo mexicano, ya en 1924 se había propuesto establecer formalmente la educación sexual; sin embargo, fue hasta la década de 1970 cuando se incorporó formalmente con la reforma educativa, la cual integró contenidos de educación sexual en los libros de texto gratuitos (Corona-Vargas, 1998).

Si a las carencias en educación sexual integral se agrega el advenimiento y la masificación de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) —que abarcan desde sitios web y redes sociales hasta la proliferación de dispositivos electrónicos que ofrecen acceso prácticamente ilimitado a todo tipo de contenido—, se configura un escenario potencialmente riesgoso para las nuevas generaciones. Aunque en las últimas décadas se han registrado avances significativos en la incorporación del tema de la sexualidad en ciertos espacios académicos, persiste una notoria falta de contenidos formales, sistemáticos y actualizados sobre sexualidad humana, especialmente en los ámbitos escolares y comunitarios (Organización Mundial de la Salud, 2023). Al mismo tiempo, los jóvenes se enfrentan a una enorme cantidad de información sexual disponible en línea, que va desde materiales respaldados por instituciones reconocidas hasta contenidos creados con fines meramente lucrativos. A ello se suman casos más preocupantes, en los que los jóvenes pueden entrar en contacto con ciberdelincuentes que buscan obtener beneficios personales sin considerar los posibles perjuicios que puedan ocasionar a sus víctimas.

En este capítulo se analizan las creencias de los jóvenes de Guadalajara, Jalisco (México), respecto al uso de material sexualmente explícito (MSE). Al revisar las estadísticas disponibles sobre el tema, se identifican investigaciones que reportan un incremento sostenido en el consumo de este tipo de contenidos. Döring et al. (2017) señalan que, en países como Suecia, Canadá, Alemania y Estados Unidos, alrededor del 77% de los estudiantes universitarios han tenido exposición a este tipo de material. Aunque no existen estadísticas confiables que reflejen la situación en países de menor desarrollo, como los latinoamericanos —y particularmente México—, la revista Fortuna (2023) reporta que México ocupa el sexto lugar mundial en consumo de pornografía. Estos datos permiten suponer que la demanda de material sexualmente explícito entre la población joven mexicana podría ser comparable con la observada en los países previamente mencionados.

En cuanto a los posibles efectos que la exposición regular a este tipo material puede tener en las personas que lo consumen, existe discrepancia en la literatura especializada; por ejemplo, de acuerdo con Wright (2012), el consumo de MSE puede incrementar la probabilidad de mantener relaciones sexuales casuales a lo largo de la vida, mientras que, según Regnerus et al. (2016), existe una asociación entre dicho consumo y el aumento de conductas sexuales violentas, así como un mayor número de parejas sexuales. En contraste, en el estudio de McKee (2007), algunos participantes identificaron efectos positivos al señalar que el consumo de MSE les hacía sentirse menos reprimidos sexualmente y con menos prejuicios hacia diversas prácticas sexuales.

Al analizar esta problemática desde una perspectiva de género, se añade un elemento adicional a las variables previamente mencionadas (Duckworth & Trautner, 2019; Wiederman, 2005). Diversos estudios han evidenciado que los hombres tienden a exponerse con mayor frecuencia a este tipo de material que las mujeres, lo cual implica riesgos diferenciados para cada grupo; por ejemplo, Chen et al. (2013) reportaron que en Taiwán el 74% de los adolescentes varones y el 26% de las adolescentes mujeres han visto MSE. De manera similar, Flood

y Hamilton (2003) encontraron que entre los jóvenes australianos el 28% de los hombres se expone semanalmente a este material y el 26% cada tres o cuatro semanas, mientras que entre las mujeres las cifras descienden al 13% y 10%, respectivamente. Asimismo, la edad promedio de la primera exposición a MSE suele ser menor en los hombres que en las mujeres (Bryant, 2009; Grubbs et al., 2019). Estos datos evidencian la necesidad de explorar con mayor profundidad las diferencias en la forma en que hombres y mujeres interactúan con este tipo de contenido, con el fin de comprender sus posibles efectos diferenciados. En este sentido, Peter y Valkenburg (2016) confirmaron la persistencia de una brecha de género en el consumo de MSE; aunque señalan que en los países más liberales tiende a reducirse, mientras que en contextos menos liberales —como México y otras naciones de América Latina— suele ampliarse.

Cabe destacar que, el género se refiere al conjunto de atribuciones que la sociedad otorga a las personas en función de su sexo biológico. En la cultura occidental, al género masculino se le ha asociado históricamente con una fuerte carga erótica; por ejemplo, se atribuye a los hombres la responsabilidad de cortear y satisfacer a la pareja. En consecuencia, dentro de contextos patriarcales, los hombres pueden sentirse presionados a desarrollar un mayor conocimiento y destrezas eróticas que sus contrapartes femeninas. Considerando estos antecedentes, el presente estudio tiene como objetivo identificar la forma en que las nociones de género que tienen mujeres y hombres influyen en su percepción del material sexualmente explícito, sus posibles efectos, así como la manera en que interactúan con este tipo de contenidos.

Método

Diseño

Con el propósito de alcanzar el objetivo planteado, se diseñó una investigación transversal con enfoque cualitativo. El estudio se desarrolló mediante la técnica de grupos focales, conformándose un total de once: cuatro integrados por hombres y siete por mujeres.

Participantes

La muestra fue seleccionada por conveniencia y estuvo conformada por grupos de estudiantes de la carrera de Psicología. La recolección de los datos se realizó entre octubre de 2019 y noviembre de 2020. En total participaron 46 jóvenes: 16 hombres, con edades entre 19 y 24 años ($M = 20.75$, $DE = 1.20$), y 30 mujeres, con edades entre 18 y 41 años ($M = 20.8$, $DE = 3.9$).

Procedimiento

Los dos primeros grupos focales se realizaron de forma presencial en un cubículo del Centro de Estudios e Investigaciones en Comportamiento de la Universidad de Guadalajara, con la participación de cinco mujeres y cuatro hombres. Los nueve grupos restantes se llevaron a cabo de manera virtual mediante la plataforma Google Meet (Google inc.). Todos los participantes otorgaron su consentimiento informado y participaron de manera voluntaria. Cada sesión tuvo una duración aproximada de 30 a 40 minutos. La guía de entrevista utilizada fue elaborada ad hoc para esta investigación e incluyó alrededor de 40 preguntas orientadas a explorar temas como género, educación sexual, uso de TIC, creencias y experiencias con MSE. Cada grupo focal fue moderado por un investigador del mismo sexo que los participantes.

Recuperación de información y análisis de datos

Todos los grupos focales fueron grabados y posteriormente se trascribió la información. Se realizó un análisis conversacional del discurso con el propósito de identificar las opiniones expresadas por los grupos de hombres y mujeres en torno a las diferentes categorías de análisis: nociones de género, opinión sobre el MSE, condiciones de consumo y consecuencias atribuidas a la exposición a MSE, tanto positivas como negativas. Para la organización y sistematización del análisis se empleó el software MAXQDA versión 18.

Tras la transcripción de la información de los grupos focales y la conformación de la base de datos, se elaboró un sistema de codificación para identificar las variables de interés presentes en las narrativas de los participantes. Una

esquematización del sistema de códigos empleado se presenta en la Tabla 1. El análisis se realizó de manera estratificada, de acuerdo con los temas centrales de la investigación. En primer lugar, se identificaron las nociones de género expresadas por los participantes; posteriormente, se examinó la forma en que conceptualizan el material sexualmente explícito y, finalmente, se analizó la percepción que tienen los jóvenes sobre las ventajas y desventajas asociadas al consumo de este tipo de material.

Tabla 1

Ejemplo de algunos códigos y sus descripciones

Código	Significado y subcódigos
Sexualidad	Se utiliza para identificar de quiénes aprendieron sobre sexualidad: familia, amigos o escuela; si conocen qué es el cybersexo y el tipo de prácticas sexuales que han tenido.
TIC	<i>Tecnologías de la información y comunicación.</i> Algunos subcódigos sondean si usan TIC y para qué las usan, y cuáles son las principales redes que utilizan.
NGM	<i>Nociones de género masculinas.</i> Identifican temas relacionados con la masculinidad: si les importa ser considerados hombres; características físicas, sexuales, trabajo y emociones.
NGF	<i>Nociones de género femeninas.</i> Identifican temas relacionados con la feminidad: si les importa ser consideradas mujeres; características físicas, sexuales, trabajo, y emociones.
MSE	<i>Material sexualmente explícito.</i> Contiene algunos subcódigos que sondean temas como: qué es para ellas y ellos el MSE y qué opinan de este; si lo consumen; si consideran que cambia su conducta; efectos negativos y efectos positivos; y la primera vez que lo consumieron.

Con el propósito de conocer las nociones de género prevalecientes entre los participantes, se buscó identificar los rasgos que, según su percepción, caracterizan a mujeres y hombres. En particular, se indagó en aspectos físicos, emocionales, laborales y sexuales asociados a cada género. Por ahora, se presentan los resultados vinculados específicamente con la dimensión sexual y sus implicaciones en el consumo de MSE.

Resultados

En el discurso de los participantes se identificaron diferencias claras en los mandatos de género que orientan la forma en que mujeres y hombres consideran que deben ejercer su erotismo. En el caso de los hombres, se observa la creencia de que ellos deben poseer mayor experiencia sexual que las mujeres, sustentando esta idea en distintas razones: algunos aluden a aspectos biológicos, en términos de la conformación del cerebro masculino o los niveles hormonales: “los hombres están a más altos en niveles de testosterona”, afirmación utilizada como justificación para sostener que los hombres tienen mayores necesidades eróticas. Otros participantes explican esta diferencia en términos de las restricciones sociales y la evaluación desigual de los comportamientos sexuales según el género: “si nos fuéramos a lo que es socialmente aceptable, ellas no deben tener relaciones hasta el matrimonio”. En otro grupo se refuerza esta percepción: “se felicita al hombre por tener varias parejas activas, y pues se castiga a la mujer”. En esa misma línea, algunos afirmaron que “quien haya tenido la experiencia sexual más temprana es el que se impone como macho dentro de las conversaciones y vivencias de los varones”. Asimismo, otro grupo señaló que el interés sexual suele ser más intenso en el hombre, lo que explicaría su mayor insistencia en buscar encuentros eróticos. Llama la atención que ciertos estereotipos tradicionales, como la asociación entre el tamaño del pene y la virilidad, persisten en el imaginario masculino, expresado en afirmaciones como: “debe ser generoso en proporciones”.

Al analizar las narrativas de las mujeres en torno a la relación entre los roles de género y la sexualidad, se observa un discurso más amplio y reflexivo que el de los hombres. Mientras ellos tienden a concentrarse en dos o tres aspectos —principalmente relacionados con las demandas y expectativas de las prácticas eróticas—, ellas abordan una mayor diversidad de temas vinculados con las implicaciones personales, sociales y culturales de su sexualidad. Las participantes reflexionan, por ejemplo, sobre el significado de mostrar el cuerpo dentro de una relación sexual y las normas educativas y morales que históricamente han condicionado su expresión del deseo. Resulta evidente la persistencia de

mandatos tradicionales como la castidad, la sumisión del deseo y la idea de que el goce femenino está supeditado al placer masculino; estas percepciones se expresan en afirmaciones como: “creo que el hombre no tiene la táctica para poder conectarse con la mujer, solo se preocupan por sentir ellos el placer” o “más bien ella es la que tiene que complacer al hombre”. Además, el mandato de la virginidad aparece de forma reiterada en sus discursos: “la sociedad espera que una mujer, en primer lugar, sea virgen” y “debemos llegar vírgenes hasta el matrimonio”.

En resumen, los resultados permiten afirmar que persisten diferencias marcadas respecto a lo que se considera una forma “válida” de ejercer la sexualidad entre mujeres y hombres. Un testimonio sintetiza esta desigualdad de manera elocuente: “quizá una mujer es mal vista si vive de más su sexualidad, o si sabe más que un hombre. Te van a juzgar. Y un hombre no, un hombre puede saber, puede experimentar y puede ser y no es juzgado”. En relación con la importancia que otorgan a ser reconocidos como mujeres u hombres por los demás, se observa que a los hombres les preocupa más esta validación. Solo dos participantes manifestaron que no les resulta relevante: “A mí ya no se me hace importante porque son como etiquetas” y “No le tomo mucha importancia... mientras yo esté conforme con mi perspectiva de lo que vendría siendo un hombre”. En contraste, cuatro hombres expresaron abiertamente que sí es importante para ellos ser reconocidos como tales: “Dentro de lo implícito sí está el requisito de presentar a una novia, en cierto tiempo, a cierta edad, para evitar que empiecen a murmurar de que somos homosexuales... creo que esa es la presión”; “bueno, no necesito, pero sí hay algo que me llama a... que sepan que soy hombre”; “la verdad para mí sí... bueno, yo quiero ser militar, entonces es la ideología de que el militar es fuerte y varonil”; “Bueno, en este caso sería por tener algo para presumir, algo que imponga cierto respeto ante las personas”. Estos testimonios confirman la vigencia de la premisa planteada por Ortner y Whitehead (2013), según la cual el género, antes que nada, funciona como un sistema de prestigio social que regula las formas de reconocimiento y valoración entre los individuos.

En contraste, las opiniones de las mujeres se inclinan mayormente hacia la indiferencia frente a la necesidad de ser reconocidas como “verdaderas mujeres”. Nueve de ellas expresaron de manera explícita que no les importa dicha valoración, mientras que tres mostraron cierta duda al respecto. Sus testimonios reflejan una postura más autónoma en torno a la identidad de género: “nunca me ha preocupado que me digan por la manera en que me visto”, “a mí en lo personal no me importa cómo me perciban, o sea, lo importante para mí es cómo yo me siento”, “si esas personas me dicen ‘ay, no eres una verdadera mujer’, pues realmente no es como que me importe porque, para empezar, no quiero que esas personas opinen”, “pues para mí no es importante porque yo sé que soy una verdadera mujer, no necesito ser reconocida”, “no se necesita un reconocimiento especial por ser hombre o mujer”. Por otro lado, las participantes que señalaron que sí les importa ser consideradas como “verdaderas mujeres” fundamentaron su respuesta en referentes tradicionales, asociados a los roles familiares y domésticos: “el amor que veía en casa, cuando papá llegaba de trabajar y todo estaba listo”, “la influencia que tiene la mamá y la abuela para educar a sus hijos”. Una de ellas agregó que su percepción ha cambiado con el tiempo: antes le preocupaba ser vista como una “buena mujer”; sin embargo, con la experiencia comprendió que las exigencias sociales para obtener ese reconocimiento son múltiples.

Material sexualmente explícito (MSE)

Este apartado aborda las diferentes percepciones que los entrevistados tienen del MSE. Se les cuestionó sobre: (1) la opinión o concepto que tienen al respecto; (2) las experiencias de consumo; y (3) las creencias con relación a los efectos positivos y negativos de consumir este tipo de material.

Se encontraron diferencias entre mujeres y hombres respecto a la opinión que tienen sobre el MSE; las mujeres tienen una opinión más desfavorable que los hombres. Cuando las mujeres discuten sobre consumo de MSE, los temas que destacan son la exageración en las producciones cinematográficas y los mensajes erróneos que reciben quienes consumen pornografía: “suelen poner

las cosas como muy perfectas”, “te hace una falsa idea de la realidad, no todo es como lo marcan ahí”, “ya está muy exagerado eso, o sea pues te dan otra idea que realmente en la realidad no es tan así”, “la única manera que tienes como para educarte es el porno y los hombres que salen en porno tienen su pene muy grande, son fuertes, son altos”.

También emerge entre las participantes una preocupación constante por la falta de control en el acceso a este tipo de contenidos, especialmente cuando se trata de menores de edad. Coincidieron en que cualquier persona puede encontrar material sexualmente explícito en Internet con gran facilidad y prácticamente sin restricciones: “[es] un material que está muy al alcance de todos”, “hay menores de edad circulando por Internet, entonces está como que muy accesible”. Algunas incluso propusieron alternativas para limitar el acceso a este tipo de información, sugiriendo que la pornografía no debería estar disponible de manera totalmente libre en la red: “no siento que debería estar tan libre en Internet [refiriéndose a la pornografía], sino que la gente debería de pagar un costo”. Esta propuesta se plantea con un doble propósito: por un lado, dificultar el acceso de los menores de edad y, por otro, garantizar una mejor retribución económica para las actrices y actores dedicados a esta industria: “para que haya más remuneración hacia la gente que lo hace, porque para empezar siento que es un trabajo muy demandante y está muy mal pagado”.

Entre las participantes también surgió el tema de la trata de personas, el cual fue vinculado directamente con la industria pornográfica: “creo que principalmente se vulnera la imagen de la mujer”, “la opinión de la pornografía como industria también considero que es mala”. Asimismo, abordaron la cuestión del consentimiento, refiriéndose al derecho que tienen las personas de decidir si desean aparecer en este tipo de contenidos; pues consideraron que con frecuencia se difunden videos sin la autorización de quienes aparecen en ellos. También destacaron la importancia de reconocer el derecho a retirar dicho material de la red en caso de que una persona cambie de opinión. Otro tema recurrente fue el del *sexting* o las relaciones eróticas virtuales; en general, las mujeres coincidieron en que la interacción digital no puede sustituir la experiencia presencial.

de una relación sexual: “yo creo que está mal, porque no va a sustituir nunca el Internet a estar frente a frente con las personas”, “no vas a obtener las mismas sensaciones a estar con una persona ¿no?”.

Por su parte, cuando se les preguntó a los hombres sobre la pornografía, la mayoría la definió en términos descriptivos: “ver videos de personas teniendo relaciones”, “es ver escenas que tienen ese contenido”. Uno de los participantes incluso la mencionó de manera espontánea como “lo más hermoso que existe en la vida (risas)”. En general, los discursos masculinos reflejan una alta familiaridad con el MSE, percibiéndolo como algo cotidiano e inevitable, frente a lo cual consideran necesario desarrollar cierta responsabilidad personal: “siempre hay que tener la responsabilidad de cómo hacerlo... para evitar que este tipo de contenidos impacte de manera negativa en nuestra vida”. La mayoría de los hombres manifestó una valoración positiva hacia el consumo de MSE, aunque con la condición de mantenerlo bajo control: “no está mal que lo consuman, pero siempre y cuando no lo hagas en exceso”, “lo que yo he visto o lo que me han hablado es que puede llegar a convertirse en una adicción”, “...mientras no sea como un exceso, pues yo creo que está bien”. Sin embargo, ninguno de los participantes definió con claridad qué consideran un “consumo excesivo” de este tipo de material.

En sus discursos, algunos participantes se atrevieron a proponer estrategias para evitar los posibles efectos negativos del consumo de MSE. Sin embargo, resulta llamativo que sus sugerencias no se orientan a restringir el acceso de los menores de edad, sino a promover su educación para que aprendan a distinguir los efectos de estos contenidos. Uno de ellos señaló: “apostar a la educación sexual desde temprana edad, porque cada vez somos... o bueno, son más prematuros”. Cabe destacar el matiz autorreferencial de esta frase, ya que el participante incluye a su propio grupo generacional al decir “somos más prematuros”, aludiendo a la temprana edad en que los varones comienzan a tener contacto con este tipo de contenido. Otro de los jóvenes complementó esta idea al afirmar: “tratar de concientizar un poquito en ese sentido, inclusive a los pre-púberes, para que sean capaces de discriminar hasta qué punto, qué

contenido es apto o no para ellos, ¿no?" Resulta paradójico que se plantea la necesidad de educar a los menores para que aprendan a discernir qué tipo de MSE puede ser "apto" para su consumo, cuando en principio todo este material debería considerarse inapropiado para esa población.

Consumo de material sexualmente explícito

En relación con la edad de primer contacto y el consumo de MSE, las participantes mujeres mencionaron de forma recurrente que su exposición inicial ocurrió entre los 12 y 15 años: "más o menos entre los 12, 15 años", "yo diría que a los 15". Sin embargo, al referirse a sus compañeros varones, señalaron una diferencia importante, indicando que ellos suelen exponerse a edades más tempranas: "en su mayoría hombres desde la secundaria", "yo estaba en la primaria, no recuerdo en qué grado, había algunos compañeros hombres que ya mencionaban sobre este tipo de cosas y yo no entendía", "conozco niños, no sé, de primaria que ya andan viendo esas cosas", "como entre 12 y 13 años, que me acuerdo precisamente por mis compañeros de primaria".

Respecto al consumo de MSE, algunas mujeres afirmaron no haber tenido contacto con este tipo de contenidos o haberlo hecho en muy pocas ocasiones: "yo la verdad no he consumido", "realmente, pues, en mi vida he visto muy, muy poco porno". En varios de los grupos femeninos surgió un debate sobre si las mujeres consumen pornografía de la misma forma que los hombres. Una participante comentó: "para mí sí es secundaria. Hombres y mujeres, es que el despertar sexual es igual, o sea, ya después y lo que digan después siento que ya va con esta parte... de lo que se espera de una mujer", aludiendo a las normas sociales que promueven el recato femenino. Otra participante reafirmó esta postura al señalar: "yo creo que es lo mismo, hombres y mujeres, o sea, no es como que los hombres por ser hombres van a consumir más que las mujeres, porque las mujeres somos más recatadas y obviamente no vemos eso. Claro que lo vemos, y claro que nos gusta". En contraste, otra participante consideró que algunas mujeres comenzaron a consumir MSE como una forma de equipararse con los hombres: "por lo mismo de que querían como que ponerse al mismo nivel

de los hombres, de ‘si ustedes miran porno, pues yo también miro porno’”. También se discutió la frecuencia de consumo entre ambos géneros: “a lo mejor una mujer sí llega a ver porno una vez a la semana, pero un hombre puede ver diario porno”. Otra participante mencionó que, aunque conocía la existencia de la pornografía desde la secundaria, no fue hasta la preparatoria cuando comenzó a consumirla de forma consciente: “hasta que yo fui consciente del porno, yo creo que sí en la prepa”. Finalmente, una de ellas reflexionó sobre la percepción de que las mujeres consumen menos pornografía, atribuyéndola al estigma social: “también es parte de que las mujeres no lo dicen; si les preguntas, van a decir ‘no’, y los hombres se enorgullecen de eso, ‘que estoy inscrito y soy premium en no sé cuántas’, y las mujeres no”.

Por su parte, los hombres reportaron un rango de edad más bajo para el primer contacto con MSE, situándolo entre los 12 y 13 años: “entre sexto de primaria y primero de secundaria”. En general, se observa un consenso en torno a la idea de que ver pornografía es una práctica común entre los jóvenes varones, quienes además muestran mayor facilidad para hablar abiertamente de sus experiencias personales. Uno de ellos relató: “yo estaba pequeño, recuerdo que estaba viendo la televisión en la sala y estaba cambiándole a los canales y... de repente me salió un canal con pornografía y me acuerdo que me saqué de onda y la apagué en chinga y me fui a mi cuarto, sin entender qué onda, qué es lo que había visto; eso me hizo ruido”. Otro participante comentó: “este conocimiento, por así decirlo, acerca de la pornografía es mediante los amigos... ‘mira, tengo esto en mi celular, métete a tal lado o revisa esto, checa esto’”. En un sentido similar, otro expresó: “pero al final de cuentas es un acorralamiento... creo que se comparte justo en la pubertad”. Algunos intentaron justificar la normalización del consumo apelando a los mecanismos tecnológicos que facilitan la difusión de este tipo de material: “por ejemplo, hoy en día hay *stickers* de WhatsApp que son pornográficos, y solo necesitas tocar dos veces la pantalla para enviarlos”, “pues yo pienso que ya al día de hoy, por la tecnología en que se manejan y la facilidad que tienen, ya desde los diez años, a lo mejor por accidente”. Finalmente, uno de los participantes resumió la percepción general: “también considero

que nosotros los varones somos más activos en este sentido [ver pornografía], aunque hay estudios que dicen que en cuestión de usuarios de redes sociales las mujeres son la mayoría”.

En síntesis, a partir de las experiencias compartidas por hombres y mujeres, se observa que el primer contacto con MSE ocurre a edades más tempranas en los varones que en las mujeres. Además, los hombres tienden a exponerse con mayor frecuencia y a consumir contenidos de mayor intensidad en comparación con ellas.

Percepción que tienen los jóvenes de consumir material sexualmente explícito

Con el propósito de comprender mejor las percepciones de mujeres y hombres respecto al MSE, se les preguntó explícitamente por los aspectos positivos y negativos asociados a su consumo. En el caso de las mujeres, al indagar sobre los posibles aspectos positivos, mencionaron que el MSE puede funcionar como un recurso para facilitar la erotización o la autoexploración sexual: “para personas que no tengan como tanta capacidad de imaginación”, “las personas para darse placer a sí mismas como que mencionan necesitar motivación para eso”, “tienen positivos como el placer”. Un aspecto llamativo en estos discursos es que todas las participantes formularon sus respuestas en tercera persona, como si se refirieran a otras personas y no a sí mismas, lo que sugiere cierto distanciamiento o reserva al hablar de su propia experiencia con este tipo de material.

Otra opinión que se repitió con frecuencia a lo largo de los distintos grupos focales con mujeres fue la idea de considerar el MSE como una forma de educación sexual. Algunas participantes lo describieron como “el primer maestro en educación sexual”, “el porno aquí juega ese rol de maestro sexual”, “como esta parte que les enseña cómo es una relación sexual. Desde ese punto, y creo que es el único punto que podría decir que es bueno”, “puede servir incluso como algo educativo, pero precisamente como es algo educativo, creo que se debería regular mucho con qué intención se está dando”. En este contexto, una de las participantes compartió una experiencia personal que refuerza esta percepción:

“a mí en lo personal sí me sirvió, a lo mejor para darme cuenta de cosas que yo no creía que a mí me gustaban, que viendo un video pasa algo y yo digo ‘ah, o sea, es que eso pues sí me llama la atención, me gusta’”.

Por su parte, entre los hombres se observa una mayor aceptación de los beneficios asociados al consumo de MSE. Algunos lo expresaron de la siguiente manera: “yo creo que sí es algo útil porque ... abre la ventana en el campo de la sexualidad y abre justo las posibilidades”, “es entretenimiento, es una forma como de escape, como de vivir tus fantasías, por así decirlo, y también como una forma de satisfacción”, “pudiera ser un desestresante, creo que cuando estoy estresado el masturbarme es relajante y te pone a pensar un poco mejor y ya continuas con tus actividades”. Como se aprecia en los testimonios anteriores, el consumo de MSE aparece como una práctica normalizada y cotidiana entre los hombres, quienes lo asocian principalmente con el placer, la relajación y la exploración de la sexualidad. Además, algunos participantes reflexionaron sobre el uso que las mujeres podrían hacer de este tipo de contenidos: “me parece que las mujeres que sí lo consumen tienen muchísimas más posibilidades de hacer y no hacer, porque a final de cuentas la mujer no está... disfruta su sexualidad pasivamente”.

Algunos participantes llevaron la reflexión un paso más allá, tratando de justificar el uso de MSE como una forma de prevenir otras conductas o problemáticas sociales. Así lo expresaron: “se tiene más a la mano el material y no andas acosando y cosas así”, “pues previenes más enfermedades venéreas”. No obstante, también se identificaron opiniones contrapuestas. Mientras algunos consideran que el MSE puede ofrecer un acercamiento a la realidad sexual —“a mí me parece que es buena, ya que es una herramienta, a final de cuentas es una herramienta que nos proporciona un contacto con la realidad”—, otros lo perciben como una influencia distorsionadora: “no genera un beneficio porque les da una mala idea de cómo tiene que ser la relación sexual, entonces les da un concepto muy morboso”.

En cuanto a los efectos negativos del consumo de pornografía, las mujeres se expresaron con mayor amplitud y, en muchos casos, desde experiencias

personales. En primer lugar, la relacionan con falsas expectativas y un sentido distorsionado de la realidad: “falsas expectativas”, “el porno no es un medio para informarte, por ahí no vas a saber cómo tener relaciones sexuales correctamente”. Dos de las participantes compartieron experiencias personales particularmente reveladoras. Una de ellas comentó:

Sí, en mi caso, yo al principio no sé, me sentía frustrada de que yo sentía que no lo disfrutaba tanto como lo disfrutaban las actrices porno, que después me di cuenta de que, pues no era así, de que cada quién lo disfruta a su manera. ... Incluso me acuerdo que, pues fui al ginecólogo y yo ya me hacía con problemas; de haber tenido más información pude haber hecho distinción entre lo real y lo no real. ... no le puedo solamente echar la culpa al porno, pero creo que sí influyó.

Otra participante relató: “bueno una vez me tocó una experiencia que hasta ahorita sigue dando, no sé si como asco o malos recuerdos simplemente de verlo... pero así me generó como ciertos, no sé si clasificarlo como trauma, pero sí... me dejó en shock”

Además, otras participantes compartieron anécdotas que ilustran cómo el consumo de MSE puede afectarles de forma indirecta. Algunas señalaron que este tipo de contenidos puede generar inseguridades corporales o complejos en las mujeres al promover estándares físicos poco realistas: “se pueden acomplejar por ver cuerpos como muy distintos”. Una participante comentó:

yo no creo que haya consecuencias positivas (risa) al ver pornografía... yo creo que es por eso que muchos hombres cuando tienen su primera relación sexual esperan que nosotras llenemos ese punto de la pornografía, o sea, que estemos depiladas, que tengamos, o sea, que nuestra vulva la tengamos de cierta forma, que nuestros pechos estén de cierta forma... [ahí] es cuando se dan cuenta que la pornografía no es algo verdadero.

Una de las experiencias más significativas fue relatada por una participante que describió cómo su pareja intentaba reproducir comportamientos observados en la pornografía:

mi exnovio quería hacer cosas que yo no quería hacer, porque las veía en el porno... él insistía en que "por qué, si ella sí lo hace, se ve que lo disfruta" ... "te voy a dar por atrás", pero yo no quiero; pero él lo veía como algo normal, donde la mujer accede, donde la mujer se presta y no se niega y le gusta... pues se clavaba con esa idea y quería que yo lo satisficiera a él de esa manera.

Una de las participantes compartió otra anécdota en la que una de sus parejas tenía expectativas erróneas:

Pero a él le generaba este conflicto entre el video y la realidad, o que, porque no gritaba o porque cuando él llegaba al orgasmo este, pues en los videos es como un chorrito que sale, ¡como una manguera! (risas), entonces como no parecía esa manguera era de "es que no te has venido y estás fingiendo, ... no soy lo suficientemente hombre para que te chorrees". O más presente cuando fue la primera vez de ese chico, porque en los videos porno duran como quince minutos en adelante, y él duró como ¿un minuto?, menos quizás..., y como pasó eso su comportamiento fue de "es que no soy hombre, duré poco, no puede ser posible, ¡no, no, no!" Entonces parte de este choque con la realidad afecta hasta cierto punto la autoestima de la persona.

Para las participantes, otra de las consecuencias negativas del consumo de pornografía radica en la especialización de los estímulos que ofrece el MSE. Señalaron que, al estar expuestas a representaciones tan intensas y estilizadas, resulta difícil mantener los mismos niveles de excitación en las interacciones sexuales reales, donde dichos estándares no siempre pueden alcanzarse: "cuando

te encuentras ante un estímulo real ya es muy difícil que tú logres como tener la misma excitación que tienes con la pornografía”, “está tan acostumbrado a la industria porno que algo real ya no le causa el mismo efecto [refiriéndose a una excitación]”. Asimismo, las mujeres mencionaron como efectos negativos la existencia de pornografía infantil y la trata de personas, prácticas que consideraron especialmente graves: “el material que no es como legal, por ejemplo, de los niños o de personas que son forzadas, siento yo que esa es la parte mala”, “a partir de chantajes las enganchan o los enganchan, porque también puede ser el caso de los hombres”. Finalmente, señalaron la desvalorización de la mujer como otro efecto negativo del consumo de pornografía, al reproducir estereotipos y actitudes misóginas: “yo lo veo como algo malo porque, creo que principalmente se vulnera la imagen de la mujer”, “todos los otros matices que tienen las industrias porno son muy misóginos”.

Por su parte, los hombres tienden a minimizar los aspectos negativos asociados al consumo de MSE, ya que describen un rango más limitado de situaciones problemáticas en comparación con las mujeres. Si bien reconocen que este tipo de contenidos puede contener elementos ficticios o poco realistas, no profundizan en las posibles implicaciones de ello. Entre los testimonios recabados, se mencionan comentarios como: “entonces creo que va creando una expectativa muy alta de lo que debe ser una relación sexual”, “creo que sería malinterpretar lo que se ve ahí, porque mucho del contenido es muy fantasioso, muy irreal”, “llega a distorsionar la imagen que se tiene de las relaciones sexuales en general”, “genera expectativas muy grandes y muy falsas sobre lo que tendría que ser la relación”, “no da la idea correcta de lo que es tener una relación sexual, es muy exagerada. Aparte, en cuanto a los cuerpos y las proporciones, creo que podemos sentirnos inseguros en ciertos casos”, “al estar en una relación sexual querer hacer lo que viste en el video y, pues, o sea, ni siquiera es así como se hace en realidad”, “en que quisieran repetir lo que están viendo”.

Un elemento que emerge en el discurso de los hombres —y que no apareció en los grupos de mujeres— al hablar de los efectos negativos del consumo de MSE es la idea de que este tipo de contenidos puede “adelantar etapas en su

desarrollo". Así lo expresaron algunos participantes: "como que influye destapar una etapa que va... que debe de comenzar más adelante, como que te chispa la mente y te puede llevar a cometer errores"; otro añadió: "ya se les hace algo como muy normal, y pueden comenzar su vida sexual a más temprana edad".

Pocos hombres compartieron testimonios o anécdotas personales relacionadas con los efectos negativos del consumo de MSE. Entre los pocos casos mencionados, uno relató cómo este tipo de contenidos influyó en él cuando era más joven: "anduvieron mandando ese tipo de videos, los mandaban como en tipo de broma y sí me los llegaron a mandar y la verdad que sí... son muy... se siente muy culero la verdad". Otro participante narró una experiencia similar:

Yo considero que es totalmente negativo, porque puede crear en ellos conceptos desviados, por decirlo así, de lo que deberías ir a una sexualidad sana, plena, porque como le digo esa experiencia que tuve yo con esa página que me llegó de rebote de zoofilia, la verdad que me dejó con una sensación muy extraña durante varios días y la verdad no quisiera volver a ver algo así (risas).

Otro joven sintetizó la vulnerabilidad que puede implicar la exposición temprana: "ser alguien muy niño te puede marcar ver contenido tan explícito".

Además, otro participante relató la experiencia de un amigo durante la secundaria, quien le confesó sus hábitos de consumo de MSE:

Yo creo que aquí el conflicto sería en la cuestión del consumo de este tipo de contenido, porque puede llegar a crear adicción, tengo un amigo que teníamos mucha confianza en aquel tiempo, estábamos en secundaria. Él me dijo que no podía estar sin ver pornografía o sin estarse masturbando todos los días.

A pesar de esta observación, el propio participante relativizó su postura al concluir: "no puedo decir que está del todo mal consumir este tipo de material a

temprana edad". En contraste, otro integrante del grupo refutó la idea de la adicción como principal consecuencia negativa y propuso una interpretación distinta, centrada en los efectos simbólicos del MSE: "más que la adicción, crean estereotipos de cómo debe ser una mujer o cómo debe ser un hombre o cómo debe ser una relación sexual".

Una idea particularmente relevante surgió en el testimonio de uno de los participantes, quien describió un proceso de búsqueda progresiva de contenidos más explícitos: "vamos buscando más... ya después empezamos a ver tríos, después de tríos vamos buscando orgías, dobles penetraciones, hasta llegar a lo más feo". Este patrón puede vincularse con el fenómeno conocido como *efecto de habituación*, propio del ámbito de las adicciones, en el cual se requieren estímulos cada vez más intensos —"dosis"— para alcanzar el mismo nivel de excitación o satisfacción. Otro participante reflexionó sobre las posibles repercusiones de esta exposición en sus relaciones interpersonales: "creo que sí empezaría a involucrar este tipo de prácticas y cambiaría totalmente la conducta con las parejas". Respecto al problema de la trata de personas, este aparece solo de manera tangencial en los discursos masculinos: "como industria no se puede dejar a un lado que un alto porcentaje de las personas, en especial las mujeres, son obligadas". También se registró una mención aislada sobre las representaciones femeninas en la pornografía, calificándolas como "muy misóginas".

Discusión y conclusión

Los resultados confirman que, en general, los hombres asocian mayores demandas eróticas a sus nociones de género en comparación con las mujeres, lo cual se refleja en diversos aspectos de su vida cotidiana. Esta diferencia parece estar vinculada con el consumo temprano de MSE, pues los hombres reportaron haber tenido sus primeras exposiciones a este tipo de contenidos a edades menores que sus compañeras, lo que coincide con lo señalado por Bryant (2009) y Koletić et al. (2019). Algunos participantes describieron estas experiencias tempranas con expresiones como sentirse "acorralado" o que el material les "chispa la mente", lo cual sugiere una predisposición a adelantar etapas en su desarrollo erótico y psicoafectivo.

Respecto a la forma en que mujeres y hombres perciben la pornografía, también se observaron diferencias marcadas. Si bien ambos grupos consideran que el MSE es una fuente de aprendizaje sobre la sexualidad humana, difieren en la manera en que lo interpretan. Las mujeres tienden a atribuirle un carácter ficticio, irreal o incluso exagerado, mientras que los hombres lo perciben con un sentido más realista, pues una de sus principales motivaciones para consumirlo es “aprender” a partir de este tipo de contenidos. Paradójicamente, Paul y Shim (2008) reportaron que los hombres tienen mayor probabilidad que las mujeres de utilizar la pornografía en Internet para fantasear, lo cual contrasta con la percepción de ver en ella una representación de la realidad. Este hallazgo coincide con lo planteado por Goodson et al. (2001) y Sabina et al. (2008), quienes sostienen que, aunque la curiosidad es una de las principales razones para consumir pornografía en ambos géneros, las mujeres suelen hacerlo principalmente por curiosidad o con fines de aprendizaje sexual, mientras que los hombres lo hacen por placer o excitación. Cabe señalar que, aunque las mujeres participan con mayor frecuencia en redes sociales (Statista, 2025), los hombres son quienes consumen mayor cantidad de contenido erótico. En este sentido, no puede afirmarse que la proliferación de las TIC sea, por sí misma, la causa del incremento en el consumo de material erótico entre jóvenes.

En cuanto a las posibles consecuencias del consumo de MSE, las mujeres parecen tener mayores argumentos y sensibilidad para valorar su impacto en las nuevas generaciones, quizá porque en muchos casos han sido testigos o víctimas directas de dichos efectos. En primer lugar, varias de ellas refirieron haberse sentido presionadas por sus parejas para realizar prácticas observadas en la pornografía, lo cual puede generar conflictos y desgaste en la relación. Estas tensiones surgen tanto porque las mujeres pueden sentirse utilizadas o reducidas a un objeto de placer, como porque algunos hombres interpretan la negativa de sus parejas como falta de afecto o interés sexual. Asimismo, las participantes señalaron haber sido testigos del desconcierto que experimentan algunos hombres al confrontar las expectativas creadas por la pornografía con la realidad de sus primeras experiencias sexuales; estas discrepancias incluyen

la duración idealizada de la penetración o la forma estereotipada en que las actrices expresan el placer orgásmico, aspectos que no corresponden con las experiencias reales. Estos hallazgos coinciden con lo planteado por Brindge et al. (2016), quienes encontraron una asociación significativa entre un mayor consumo de pornografía y el deseo de participar en prácticas sexuales poco comunes o no experimentadas previamente por los participantes (p.10).

Esta disonancia entre las expectativas creadas por la pornografía y la experiencia sexual real puede tener implicaciones significativas en la conformación de las relaciones erótico-afectivas. Los testimonios recopilados permiten vislumbrar parte de lo que ocurre en la vida sexual de las nuevas generaciones. En los discursos masculinos, el consumo de MSE se describe como una práctica común, asociada a la relajación, el entretenimiento y la satisfacción personal, sin una reflexión profunda sobre las posibles consecuencias que esto puede tener en su vida erótica o en sus vínculos afectivos con parejas reales. Estos hallazgos coinciden con lo señalado por Paul y Shim (2008), quienes sostienen que, aunque las mujeres pueden compartir motivaciones similares a las de los hombres para consumir MSE, suelen hacerlo con una menor intensidad.

Consideramos que estas diferencias forman parte de las expectativas de género que aún prevalecen, las cuales disponen a los hombres a esforzarse continuamente por ajustarse a los estereotipos asociados con la masculinidad hegemónica, siendo uno de sus pilares la demostración de un amplio repertorio sexual. Sin embargo, debido a la velocidad con que han cambiado las formas de acceso y consumo del MSE, resulta complejo evaluar con precisión los posibles efectos que este puede tener, tanto de manera directa en quienes lo consumen, como en sus relaciones interpersonales. En este sentido, es importante continuar desarrollando investigaciones como las de Park et al. (2016), que permitan identificar si el consumo frecuente de MSE puede generar disfunciones sexuales o, al menos, establecer las condiciones bajo las cuales dicho consumo afecta el ajuste erótico-afectivo de las personas en proceso de desarrollo. Tal como señalan Snagowski et al. (2016), el consumo de MSE puede generar tendencias adictivas, como el *craving* subjetivo; por tanto, se requiere profundizar en estu-

dios contextualizados que permitan alcanzar niveles predictivos o explicativos de corte experimental.

Es necesario seguir trabajando para desalentar que los jóvenes de ambos sexos consideren el MSE como su principal fuente de educación sexual; para ello, el sistema educativo debe fortalecer sus programas de educación sexual integral en todos los niveles escolares. Además, debe tenerse presente que una de las principales fuentes de información de las nuevas generaciones proviene de las TIC, y la sexualidad no es la excepción. Las implicaciones de asumir la pornografía como un medio legítimo de información son profundas, pues al hacerlo se tiende a perder una mirada crítica sobre su contenido y sus objetivos. Es importante recordar que el propósito fundamental de la industria pornográfica es comercial, no educativo. Las grandes productoras y sus redes de distribución buscan generar los mayores beneficios económicos posibles, muchas veces sin considerar las condiciones en las que se produce el material ni sus posibles repercusiones en las audiencias. En ese sentido, recurren con frecuencia a representaciones distorsionadas o a contenidos cada vez más explícitos para mantener el interés de los consumidores, sin importar el impacto que esto pueda tener en quienes lo consumen, incluyendo a menores de edad.

Si a todo lo anterior se suman las nuevas dinámicas en redes sociales, se observa un fenómeno emergente en el que los jóvenes aspiran a convertirse en *influencers* y a obtener reconocimiento a través del número de seguidores. A ello se añade la apertura de plataformas digitales que permiten la exhibición de la intimidad erótica a cambio de una remuneración económica, como ocurre en servicios asociados a redes como *X* (antes *Twitter*) e *Instagram*, a través de *OnlyFans* (Rouse & Salter, 2021). Estas plataformas posibilitan que personas comunes moneticen sus cuerpos y su erotismo, lo que introduce un nuevo giro en las formas de interacción que los jóvenes establecen consigo mismos y con su entorno, por lo que resulta indispensable analizar de manera sistemática sus efectos psicológicos y sociales.

En relación con este proyecto de investigación, es importante señalar que, aunque la muestra es relativamente pequeña y se circunscribe a ciertos secto-

res de jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco, México, los resultados son consistentes con lo reportado en estudios realizados en otros contextos culturales; en particular, confirman que los jóvenes suelen entrar en contacto con MSE a edades tempranas. Desde una perspectiva psicológica, la discusión futura debería centrarse en los posibles efectos que el consumo de este tipo de material puede tener sobre las interacciones erótico-afectivas de los jóvenes. En este contexto, la perspectiva interconductual (Kantor, 1963/1990; Ribes, 2018) ofrece un marco teórico pertinente, ya que propone una visión de campo con enfoque naturalista, que analiza los fenómenos psicológicos considerando las interrelaciones del individuo con los estímulos de su entorno. Sin profundizar en este punto —pues requeriría un desarrollo más extenso—, cabe recordar que, desde el interconductismo, uno de los elementos críticos de toda interacción psicológica es el contacto funcional “entre el individuo (con base en sus sistemas reactivos) y un objeto como segmento de estimulación en el ambiente” (Ribes & Fuentes, 2020, p.275). Bajo esta premisa, surgen preguntas relevantes: ¿cuál es la función del estímulo disposicionalmente pertinente en las interacciones eróticas de un joven que, desde los 13 años, se autoerotiza en presencia de MSE y tiene su primer encuentro sexual coital entre los 16 y 18 años? o ¿hasta qué punto la repetición consuetudinaria de este tipo de prácticas puede configurarse como una forma de adicción conductual?

No debe perderse de vista el efecto de habituación que puede presentarse ante la exposición constante a este tipo de estímulos, fenómeno que en el ámbito de las adicciones se conoce como tolerancia (Grant et al., 2010); este proceso implica que la misma cantidad de estimulación deja de producir los efectos iniciales, lo que lleva a las personas a incrementar su consumo —en este caso, de MSE— para alcanzar niveles similares de excitación o satisfacción. Los propios participantes reconocen este efecto al describir cómo, con el tiempo, buscan contenidos cada vez más intensos: “al principio ven parejas, luego tríos, luego orgías”, y así sucesivamente. Como puede apreciarse, el tema ofrece múltiples aristas de análisis y abre la puerta a futuras investigaciones desde distintas perspectivas, pero por ahora, estas reflexiones se mantienen en un nivel descriptivo,

centradas en conocer las percepciones y experiencias que mujeres y hombres expresan respecto al consumo de este tipo de material.

Otra de las fortalezas del estudio radica en haber escuchado directamente las inquietudes de los jóvenes respecto al consumo de MSE, un tema que rara vez se aborda de manera abierta en contextos académicos. Consideramos fundamental dar continuidad a esta línea de investigación, ya que los efectos del consumo de este tipo de material pueden ser diversos y aún poco comprendidos; además, dado que la irrupción de este fenómeno es relativamente reciente y vertiginoso, se podría suponer que sus efectos apenas se encuentran en un proceso de gestación y que podrían manifestarse con mayor intensidad en los próximos años. Por ello, resulta urgente que más especialistas se involucren en el estudio sistemático de estas problemáticas.

A manera de conclusión, pueden destacarse tres elementos principales derivados de estas reflexiones:

1. Es necesario continuar trabajando en la reducción de la brecha de género, particularmente en la forma en que se percibe y sanciona el erotismo en mujeres y hombres. Resulta fundamental avanzar hacia un equilibrio que mitigue las restricciones impuestas al erotismo femenino y las sobreexigencias que pesan sobre los jóvenes varones en este mismo ámbito.
2. Este esfuerzo debe acompañarse del fortalecimiento de la educación sexual integral en todos los niveles educativos, con el fin de subsanar las amplias lagunas de formación e información existentes. Además, es importante fomentar un uso crítico del MSE, de modo que deje de considerarse la principal vía mediante la cual las personas jóvenes aprenden sobre sexualidad y erotismo.
3. Finalmente, es indispensable continuar desarrollando proyectos de investigación más rigurosos y sistemáticos acerca de los efectos del consumo de MSE, ya que aún existe escasa evidencia científica sobre la manera en que su uso frecuente puede influir en el ajuste erótico-afectivo de las personas jóvenes.

Referencias

- Bridges, A. J., Sun, C. F., Ezzell, M. B., & Johnson, J. (2016). Sexual scripts and the sexual behavior of men and women who use pornography. *Sexualization, Media, & Society*, 2(4). <https://doi.org/10.1177/2374623816668275>
- Bryant, C. (2009). Adolescence, pornography and harm. *Trends and Issues in Crime and Criminal Justice*, (368), 1–7. <https://www.aic.gov.au/publications/tandi/tandi368>
- Chen, A. S., Leung, M., Chen, C. H., & Yang, S. C. (2013). Exposure to internet pornography among Taiwanese adolescents. *Social Behavior and Personality: An International Journal*, 41(1), 157–164. <https://doi.org/10.2224/sbp.2013.41.1.157>
- Corona-Vargas, E. (1998). Resquicios en las puertas: La educación sexual en México en el siglo XX. En *Antología de la sexualidad humana*. Tomo III. Porrúa.
- Döring, N., Daneback, K., Shaughnessy, K., Grov, C., & Byers, E. S. (2017). Online sexual activity experiences among college students: A four-country comparison. *Archives of Sexual Behavior*, 46, 1641–1652. <https://doi.org/10.1007/s10508-015-0656-4>
- Duckworth, K. D., & Trautner, M. N. (2019). Gender goals: Defining masculinity and navigating peer pressure to engage in sexual activity. *Gender & Society*, 33(5), 795–817. <https://doi.org/10.1177/0891243219863031>
- Flood, M., & Hamilton, C. (2003). *Youth and pornography in Australia: Evidence on the extent of exposure and likely effects*. The Australia Institute.
- Fortuna. (2023). *México ocupa sexto lugar en consumo de pornografía a nivel global; la mayoría de visitantes son jóvenes*. <https://revistafortuna.com.mx/2023/01/09/mexico-ocupa-quinto-lugar-en-consumo-de-pornografia-a-nivel-global-la-mayoria-de-visitantes-son-jovenes/>
- Gobierno de Jalisco. (2022). *Infecciones de transmisión sexual*. <https://jalisco.gob.mx/es/gobierno/comunicados/infecciones-de-transmision-sexual>

-
- Goodson, P., McCormick, D., & Evans, A. (2001). Searching for sexually explicit materials on the Internet: An exploratory study of college students' behavior and attitudes. *Archives of Sexual Behavior*, 30, 101–118. <https://doi.org/10.1023/a:1002724116437>
- Grant, J. E., Potenza, M. N., Weinstein, A., & Gorelick, D. A. (2010). Introducción a las adicciones conductuales. *Revista Americana de Abuso de Drogas y Alcohol*, 36(5), 233–241. <https://doi.org/10.3109/00952990.2010.491884>
- Grubbs, J. B., Wright, P. J., Braden, A. L., Wilt, J. A., & Kraus, S. W. (2019). Internet pornography use and sexual motivation: A systematic review and integration. *Annals of the International Communication Association*, 43(2), 117–155. <https://doi.org/10.1080/23808985.2019.1584045>
- Hospital Civil de Guadalajara. (2023). *En Día Mundial del Sida refrenda Jalisco compromiso para reducir casos nuevos de VIH al 2030*. <https://www.hcg.gob.mx/hcg/boletin/1822#:~:text=El%20funcionario%20inform%C3%B3%20que%20en,mujeres%20y%20890%20son%20hombres>
- Instituto de Información Estadística y Geográfica de Jalisco. (2024). *Día Nacional para la Prevención del Embarazo no Planificado en Adolescentes 2024*. <https://iieg.gob.mx/ns/wp-content/uploads/2024/09/D%C3%A9cadaPrevenci%C3%B3nEmbarazo2024.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2022). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares. Principales resultados en Jalisco*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2021/doc/14_jalisco.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2024). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública. Principales resultados: Jalisco*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2024/doc/envipe2024_jal.pdf
- Kantor, J. R. (1963/1990). *La evolución científica de la psicología*. Trillas.
- Koletić, G., Kohut, T., & Štulhofer, A. (2019). Associations between adolescents' use of sexually explicit material and risky sexual behavior: A longitudinal assessment. *PLOS ONE*, 14(6). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0218962>

-
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría de género. *Nueva Antropología*, 8(30), México.
- McKee, A. (2007). Positive and negative effects of pornography as attributed by consumers. *Australian Journal of Communication*, 34, 87–104. <https://search.informit.org/doi/epdf/10.3316/ielapa.200708022>
- Organización Mundial de la Salud. (2023). *Educación sexual integral*. <https://www.who.int/es/news-room/questions-and-answers/item/comprehensive-sexuality-education>
- Ortner, S. B., & Whitehead, H. (2013). Indagaciones acerca de los significados sexuales. En M. Lamas (Ed.), *Género: La construcción social de la diferencia sexual* (pp. 123–170). Porrúa.
- Park, B. Y., Wilson, G., Berger, J., Christman, M., Reina, B., Bishop, F., Klam, W. P., & Doan, A. P. (2016). Is internet pornography causing sexual dysfunctions? A review with clinical reports. *Behavioral Sciences*, 6(3), 17. <https://doi.org/10.3390/bs6030017>
- Paul, B., & Shim, J. W. (2008). Gender, sexual affect, and motivations for Internet pornography use. *International Journal of Sexual Health*, 20(3), 187–199. <https://doi.org/10.1080/19317610802240154>
- Peter, J., & Valkenburg, P. M. (2016). Adolescents and pornography: A review of 20 years of research. *The Journal of Sex Research*, 53(4–5), 509–531. <https://doi.org/10.1080/00224499.2016.1143441>
- Regnerus, M., Gordon, D., & Price, J. (2016). Documenting pornography use in America: A comparative analysis of methodological approaches. *The Journal of Sex Research*, 53(7), 873–881. <https://doi.org/10.1080/00224499.2015.1096886>
- Ribes, E. (2018). *El estudio científico de la conducta individual: Una introducción a la teoría de la psicología*. El Manual Moderno.
- Ribes, E., & Fuentes, B. V. E. (2020). Activación reactiva y funciones disposicionales: una reflexión multidisciplinaria. *Acta Comportamentalia*, 28(3), 273–300. <https://doi.org/10.32870/ac.v28i3.76764>

-
- Rouse, L., & Salter, A. (2021). Cosplay on demand? Instagram, OnlyFans, and the gendered fantrepreneur. *Social Media + Society*, 7(3), <https://doi.org/10.1177/20563051211042397>
- Sabina, C., Wolak, J., & Finkelhor, D. (2008). The nature and dynamics of internet pornography exposure for youth. *CyberPsychology & Behavior*, 11(6), 691–693. <https://doi.org/10.1089/cpb.2007.0179>
- Snagowski, J., Laier, C., Duka, T., & Brand, M. (2016). Subjective craving for pornography and associative learning predict tendencies towards cybersex addiction in a sample of regular cybersex users. *Sexual Addiction & Compulsivity*, 23(4), 342–360. <https://doi.org/10.1080/10720162.2016.1151390>
- Statista. (2025). *Distribución porcentual de los usuarios de redes sociales en México en febrero de 2025, por edad y género*. <https://es.statista.com/estadisticas/1139347/distribucion-redes-sociales-usuarios-edad-genero-mexico/>
- Wiederman, M. W. (2005). The gendered nature of sexual scripts. *The Family Journal*, 13(4), 496–502. <https://doi.org/10.1177/106648070527872>
- Wright, P. J. (2012). A longitudinal analysis of US adults' pornography exposure. *Journal of Media Psychology*, 24(2), 67–76. <https://doi.org/10.1027/1864-1105/a000063>